

CARIBDIS DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO  
Y SCILA DEL ARRABAL DEL TEMPLE

Las dos barricadas más memorables que es dado al observador de las enfermedades sociales mencionar, no pertenecen al período en que pasa la acción de este libro. Esas dos barricadas, símbolo ambas, bajo distintos aspectos, de una terrible situación, surgieron durante la fatal insurrección de junio de 1848, la guerra más grande de las calles que ha visto la historia.

Sucede á veces que, aún contra los principios, contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, contra el voto universal, contra el gobierno de todos por todos, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre, de sus aflicciones, de sus miasmas, de su ignorancia, de sus tinieblas, esa gran desesperada, la canalla, protesta, y el populacho da la batalla al pueblo.

Los mendigos atacan el derecho común; la olocracia se subleva contra el demos.

Son días lúgubres; porque hay siempre, en esa misma demencia, cierto grado de derecho; hay algo de suicidio en ese duelo, y estas palabras, que se consideran otras tantas injurias, mendigo, canalla, olocracia, populacho, prueban ¡ay! más bien la

culpa de los que reinan, que la de los que padecen; más bien la culpa de los privilegiados, que la de los desheredados.

Nosotros nunca pronunciamos estas palabras sin dolor y respeto; porque cuando la filosofía sondea los hechos á que corresponden, encuentra en ellos frecuentemente muchas grandezas al lado de las miserias. Atenas era una olocracia; los mendigos formaron la Holanda; el populacho salvó muchas veces á Roma, y la canalla seguía á Jesucristo.

Ningún pensador ha dejado de contemplar tal cual vez las magnificencias de abajo.

En esa canalla, en esa pobre gente, en todos esos vagabundos, en todos esos miserables, de donde salieron los apóstoles y los mártires, pensaba sin duda San Jerónimo, cuando dijo esta misteriosa frase: *Fex urbis, lex orbis.*

La exasperación de esa muchedumbre que padece y que brota sangre; sus violencias contrarias á los principios que constituyen su vida; sus ataques al derecho, son golpes de Estado populares, y deben reprimirse. El hombre probo se sacrifica á hacerlo, y combate á esa muchedumbre por lo mismo que la ama. Pero ¡cuán excusable le parece á pesar de combatirla! ¡Cómo la venera sin embargo de resistirle! Es uno de esos momentos raros en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que desconcierta y que casi disuade de seguir adelante. Preciso es insistir; pero la conciencia, satisfecha y todo, se encuentra triste, complicándose la ejecución del deber con la angustia del alma.

Lo que sucedió en junio de 1848 fué, apresurémonos á decirlo, un hecho aparte y casi imposible de clasificar en la filosofía de la historia. Todas las palabras que acabamos de escribir están por demás, tratándose de ese motín extraordinario, donde se vió

la santa ansiedad del trabajo reclamando sus derechos. Fué necesario combatirle, y era un deber hacerlo, porque atacan á la república; pero en el fondo, ¿qué fué junio de 1848? Una rebelión del pueblo contra sí mismo.

Mientras no se pierde de vista el asunto, no hay digresión. Así, permítasenos llamar por un momento la atención del lector á las dos barricadas, únicas en su clase, que acabamos de nombrar y que caracterizaron aquella insurrección.

Una cerraba la entrada del arrabal de San Antonio; otra impedía acercarse al arrabal del Temple. Las personas, delante de cuyas casas surgieron, con un hermoso cielo azul de junio, aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil, jamás las olvidarán.

La barricada de San Antonio era monstruosa. Tenía tres cuerpos, y su anchura no bajaba de setecientos piés. Cerraba de uno á otro ángulo la vasta embocadura del arrabal, es decir, tres calles; abarrancada, dentellada, cortada en pedazos, con una inmensa grieta por almena, con sus puntales á guisa de baluartes, con sus salientes acá y allá, fuertemente apoyada en los dos grandes promontorios de casas del arrabal, elevábase como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que ha visto el 14 de julio. Diez y nueve barricadas se sucedían en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada-madre.

Con sólo verla, sentíase en el arrabal el inmenso padecimiento agonizante, cuando ha llegado á ese momento de apuro en que la desesperación quiere convertirse en catástrofe. ¿De qué estaba hecha aquella barricada? De los escombros de tres casas de seis pisos, demolidas expresamente, decían unos; el prodigio de todas las cóleras, decían otros. Tenía el la-

mentable aspecto de todas las construcciones del odio: la ruina. Podía preguntarse: ¿quién ha edificado esto? Y también: ¿quién ha destruído esto? Era la obra improvisada de la fermentación.—¡Aquí! ¡Esta puerta! ¡Esa reja! ¡Aquel alero! ¡Ese dintel! ¡Ese escalfador roto! ¡Aquella marmita cascada! ¡Dádnoslo todo! ¡Arrojadlo todo! ¡Echad á rodar, tirad, cavad, desmantelad, derribad, demoled todo!—Era la cooperación del empedrado, del morrillo, de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, del piso hundido, de la silla desfondada, del troncho de col, del harapo, de la maldición. Era una mezcla de lo grande y de lo pequeño. Era el abismo parodiado por el barullo. La masa junto al átomo; el lienzo de pared arrancado, y la escudilla rota; la fraternidad amenazadora de todos los escombros; Sísifo había arrojado allí su peñasco, y Job su teja. Era, en suma, una cosa terrible. El ocrópolis de los descamisados.

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un inmenso carronato estaba allí expuesto, de un lado á otro, con el eje hacia arriba, y parecía una cuchillada en aquel frontispicio tumultuoso. Un ómnibus, subido alegremente á fuerza de brazos á la cima de este hacinamiento de cosas, como si los arquitectos de tan horrible construcción hubiesen querido añadir la burla al espanto, ofrecía su lanza á no sabemos qué caballos del aire.

Aquella gigantesca masa, aluvión del motín, figuraba al espíritu el Osa sobre Pelión de todas las revoluciones; 93 sobre 89, el 9 de termidor sobre el 10 de agosto; el 18 de brumario sobre el 21 de enero; vendimiario sobre pradiel; 1848 sobre 1830. El sitio valía la pena, y semejante barricada era digna de aparecer en el punto mismo de donde había desaparecido la Bastilla. Si el Océano construyese diques, serían por este estilo. La furia de la ola estaba im-

presa en aquel inmenso parapeto. Aquí la ola era la muchedumbre. Creíase ver el tumulto petrificado. Creíase oír zumbiar, por cima de la barricada, como sobre una colmena, á las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un conjunto de malezas? ¿Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? El vértigo parecía haberla construído con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto, y algo de olímpico en aquel desorden. Percibíanse, en una mezcolanza llena de desesperación, caballetes de tejados, pedazos de buhardillas con su papel pintado, vidrieras enteras esperando el cañón sobre los escombros, chimeneas, armarios, mesas, bancos, ¡desbarajuste horrible! y esas mil cosas, que desecha hasta el mendigo y que contienen al mismo tiempo el furor y la nada. Habriase dicho que era el harapo de un pueblo; harapo de madera, de hierro, de bronce, de piedra; y que el arrabal de San Antonio lo había lanzado á su puerta con un colosal escobazo, haciendo de su miseria su barricada. Pedruscos parecidos á tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas con forma de horcas, ruedas horizontales saliendo de los escombros amalgamaban al edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplidos sufridos por el pueblo.

La barricada de San Antonio echaba mano de todo: de ella salía cuanto la guerra civil puede arrojar á la cabeza de la sociedad. No era un combate, sino un parasismo. Las carabinas que defendían el reducto, entre las cuales había algunos trabucos, enviaban pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesas de noche, proyectiles peligrosos á causa del cobre.

La barricada estaba furiosa; atronaba los aires con un clamor indecible; en ciertos instantes, provocando al ejército, se cubría de gente y de tempes-

tad; coronábala una baraunda de flameantes cabezas; un hormiguero hervía dentro; tenía una cresta espinosa de fusiles, sables, palos, hachas, picas, bayonetas; una ancha bandera roja crujía al impulso del viento; oíanse los gritos de mando, las canciones de ataque, los redobles del tambor, los sollozos de las mujeres y las carcajadas tenebrosas de los mendigos. Era descomunal, y parecía estar viva; como del lomo de un animal eléctrico, salía de ella un chisporroteo de rayos. El espíritu de revolución cubría con su nube aquella cima donde resonaba la voz del pueblo, semejante á la de Dios. ¡Una extraña majestad se desprendía de aquella titánica banasta de escombros! Era al propio tiempo un montón de basura, y el Sinaí.

Como hemos dicho antes, atacaba, en nombre de la revolución, ¿á qué? á la revolución. Aquella barricada, el acaso, el desorden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenía frente á sí la Asamblea Constituyente, la soberanía del pueblo, el sufragio universal, la nación, la república; era la Carmañola retando á la Marsellesa.

Reto insensato, pero heroico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto se auxiliaban mutuamente. El reducto servía de respaldo al arrabal, y el arrabal de arrimo al reducto. Ostentábase la gran barricada como un arrecife, donde iba á estrellarse la estrategia de los generales de Africa. Sus cavernas, sus excrecencias, sus verrugas, sus gibas, gesteban, digámoslo así, y se reían con mofa bajo el humo. La metralla se perdía en lo deforme; los obuses se sumergían y engolfaban allí; las balas no hacían más que ensanchar los agujeros. ¿Qué valía disparar contra el caos? Y los regimientos, acostumbrados á las más terribles visiones de la guerra, mi-

raban con inquietos ojos aquel reducto, especie de fiera, jabalí en lo erizado, montaña en lo enorme.

A un cuarto de legua de allí, de la esquina de la calle Vieja del Temple, que desemboca en el boulevard, cerca del Château d'Eau, si se sacaba atrevidamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera del almacén Dallemagne, se percibía á lo lejos, más allá del canal, en la calle que sube las rampas de Belleville, al fin de la calzada, una pared extraña que llegaba al segundo cuerpo de las fachadas de las casas, especie de guión entre los edificios de la derecha y de la izquierda, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared más alta para cerrarse bruscamente. Esta pared estaba construída de adoquines, y era recta, perpendicular, nivelada con la escuadra, tirada á cordel. Faltábale sin duda el cimientó; pero como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba á su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad viendo la elevación. La cornisa era matemáticamente paralela á la base. Distinguíanse de trecho en trecho, sobre la parda superficie, troneras casi invisibles, parecidas á hilos negros, y separadas unas de otras por espacios iguales. La calle, hasta donde alcanzaba la vista, estaba desierta, y todas las puertas y ventanas cerradas. Surgía en el fondo aquella barrera, que transformaba la calle en callejuela sin salida; pared inmóvil y tranquila, donde no se veía á nadie, ni se oía nada; ni siquiera un grito, el más leve ruido, un soplo. Parecía un sepulcro.

El resplandeciente sol de junio inundaba con su luz aquel objeto terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Aún los más atrevidos, desde que llegaban á aquel sitio y la veían, no podían menos de ponerse pensativos ante la misteriosa aparición. Era una

cosa bien proporcionada; las partes ajustaban y encajaban perfectamente; el todo rectilíneo, simétrico y fúnebre. Había allí ciencia y tinieblas. Conociase que el jefe de la barricada era un geómetra ó un espectro. Se la miraba, y se hablaba en voz baja.

De tiempo en tiempo, si alguno, fuese soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á atravesar la solitaria calzada, oíase un silbido agudo y débil, y el transeunte caía herido ó muerto; ó si se libraba, veíase la bala penetrar en algún postigo cerrado, en el hueco entre dos piedras, ó en el yeso de la pared. A veces la bala era de cañón; porque la gente de la barricada había hecho de dos trozos de tubos de bronce de los del gas, tapados en un extremo con estopa y cenizados, cañoncitos. No se gastaba inútilmente la pólvora; casi todos los tiros daban en el blanco. Había acá y allá algunos cadáveres, y charcos de sangre en el empedrado. Me acuerdo de una mariposa blanca que volaba de un lado á otro. El estío no abdica jamás.

En las cercanías el piso de las puertas cocheras estaba lleno de heridos.

Conocía uno allí que era el blanco de algún fusil invisible, y que toda la calle estaba bajo la puntería de las bocas de fuego.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de albardilla que forma, á la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del canal, observaban, graves y pensativos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto inmóvil, impasible, de donde salía la muerte.

Algunos se arrastraban boca abajo, hasta lo alto de la curva del puente, cuidando de que no asomasen sus chacós.

El valiente coronel Manteynard admiraba, estremeciéndose, esta barricada.

—¡Qué bien construída está!—decía á un representante.—No hay una piedra más saliente que otra. Parece porcelana.

En aquel momento una bala le rompió la cruz que llevaba sobre el pecho y cayó.

—¡Cobardes!—se oía gritar.—Pero ¡si no se presentan! ¡Que se les vea á lo menos! ¡No se atreven á presentarse!

La barricada del arrabal del Temple, defendida por ochenta hombres y atacada por diez mil, resistió tres días. Al cuarto, se hizo como en Zaacha y Constantina, se agujerearon las casas, se entró en ellas por los techos y la barricada fué tomada. Ninguno de aquellos ochenta *cobardes* pensó en huir; todos sucumbieron excepto el jefe, Barthélemy, de quien hablaremos luego.

La barricada de San Antonio era el tumulto de los truenos; la del Temple era el silencio. Entre ambos reductos había la misma diferencia que entre lo formidable y lo siniestro. Uno parecía la boca de una fiera; el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurrección de junio estaba compuesta de una cólera y de un enigma, sentíase en la primera barricada al dragón, y detrás de la segunda á la esfinge.

Dos hombres habían edificado aquellas dos fortalezas; el uno llamado Cournet y el otro Barthélemy. Cournet hizo la barricada de San Antonio y Barthélemy la del Temple. Cada una era la imagen de su constructor.

Cournet tenía elevada estatura, espaldas anchas, rostro colorado, fuerza colosal, corazón atrevido, alma leal, vista sincera y terrible. Era intrépido, enérgico, irascible, violento; el más cordial de los hombres, el más formidable de los combatientes. La guerra, la lucha, la pelea, eran su aire respirable, y le ponían

de buen humor. Había sido oficial de marina, y en sus gestos y voz se adivinaba que salía del Océano y que venía de la tempestad. El huracán le acompañaba en medio de los combates. Sin tener en cuenta el genio, había en Cournet algo de Dantón; así como, prescindiendo de la divinidad, había en Dantón algo de Hércules.

Barthélemy, flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, era una especie de pilluelo trágico, que, abofeteado por un municipal, le espió, le aguardó y le mató, habiendo ido á presidio á los diez y siete años. Salió é hizo esta barricada.

Más adelante, por una complicación fatal, hallándose ambos proscritos en Londres, Barthélemy mató á Cournet. Fué un duelo fúnebre.

Algún tiempo después, cogido en una de esas misteriosas aventuras donde la pasión se mezcla, catástrofe en que la justicia francesa ve circunstancias atenuantes y la justicia inglesa sólo ve la muerte, Barthélemy fué ahorcado.

La sombría construcción social está hecha de manera que, gracias á las privaciones materiales, gracias á la obscuridad moral, aquel desgraciado ser que contenía una inteligencia, firme de seguro, quizá grande, empezó por el presidio en Francia y acabó por la horca en Inglaterra. Barthélemy, en las ocasiones solemnes, no enarbolaba más que una bandera: la negra.

## II

DE CÓMO EN EL ABISMO NO PUEDE HACERSE  
MÁS QUE HABLAR

Diez y seis años habían pasado en la subterránea educación del motín, y junio de 1848 sabía más que junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie era sólo un bosquejo y un embrión, comparada con las dos colosales barricadas que acabamos de describir; mas para su época era formidable.

Los insurrectos, bajo la inspección de Enjolras, pues Mario no veía ya nada, habían aprovechado la noche. La barricada había sido no sólo reparada, sino aumentada. Se la había levantado dos piés más. Algunas barras de hierro entre las piedras parecían lanzas en ristre. Escombros de diferentes clases, traídos de todos lados y añadidos, complicaban la armazón exterior. El reducto había sido restaurado hábilmente, por dentro como pared y por fuera como maleza.

Habíase recompuerto la escalera de adoquines que permitía subir á él como al muro de una ciudadela.

Se había hecho el arreglo de la barricada; la sala baja estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, la cura de los heridos practicada; se había recogido la pólvora esparcida por el suelo y en las